

El abrazo del vacío



CUENTO

JUAN IGNACIO ARTEAGA ANAYA

Estudiante de primer semestre de la Facultad de Derecho de la UNAM, Ciudad Universitaria. Ha desarrollado la escritura literaria por un año.

Por más que volteara la cabeza, ella seguía ahí, ese punto negro que no dejaba de mirar cada noche. Desde hace un tiempo, Alfonso había notado su presencia: era un vacío en mitad del techo, una mancha disforme que se estiraba y se contraía cada cierto tiempo. Estaba ahí, esperando, vigilándolo con una disciplina inhumana. Ahí y únicamente ahí. Sólo para él.

El primer día, Alfonso pensó que era un sueño: la mancha no era más que una imagen borrosa, probablemente producto de su cansancio o una ilusión generada por los rayos del amanecer. La mañana azul disfrazaba toda sospecha de peligro, lo consolaba, le hacía creer que todo estaba en su cabeza, que pronto podría ver bien. Estaba esperanzado de que tan pronto como llegara la tarde esa mancha se iría. Nunca pasó, la mancha siguió creciendo sin cesar. Lenta pero constante, un poco más cada día, así hasta ser imposible de ignorar. Parecía que el patrón seguiría siempre, pero no podía importarle menos: qué era una simple imperfección en el techo para él, una molestia más dentro del orden de su vida. No tenía tiempo, nunca lo tenía, había asuntos más importantes que atender más allá de una anomalía inútil.

El joven pasó del asunto y siguió con su día a día. Por la mañana despertaba para desayunar, la tarde era para trabajar y la noche para dormir. Simple, una rutina sencilla para que pudiera hacerla sin esfuerzo. No hablaba, no había de qué hablar, o con quien hacerlo; estaba él y sólo él. Aunque sí que salía, sí, debía estirar las piernas después de estar entre cuatro paredes por

quién sabe cuántas horas, hasta él lo sabía. Podía oler el pasto, remojado en lluvia y eses de perro, o la brisa que azotaba su nariz por la mañana, transportando el aliento de toda la gente del vagón y haciéndolo saborear la grasa de tantas personas juntas. Tocaba el metal del barandal de la escalera, el óxido corroía la yema de sus dedos, sensación que era amortiguada por el plástico de las teclas de la computadora. “Tic” y “tac”, toda la jornada se iba en entre el reloj y el teclado, un dueto armónico que inundaba su cubículo, sinfonía que alcanzaba el clímax con el rugir de decenas de zapatos corriendo a la cafetería. Y llegaba la noche, era hora de volver. Iba del punto “A” al punto “B”. Trabajo y casa, dos paradas para dos partes de sí mismo: quien despertaba e iba a la calle y quien soñaba e iba a la cama.

Sus días eran un parpadeo, tan pronto como sus sentidos habían terminado de activarse, ya había llegado la hora de cenar y acostarse. Día y noche habían perdido su significado, le daba igual si había luz o no, o si la luna remplazaba al sol, para él sólo había dos momentos de importancia: despertar y soñar. No había nada más allá, nada le importaba, únicamente seguir y punto. Su vida hubiera sido perfecta de no haber vuelto a ver a la mancha. Apenas se había acostado y lo primero que vio fue a la intrusa. Estaba ahí, como siempre, esperándolo.

En mitad de la noche, cuando no lograba conciliar el sueño, Alfonso veía a la mancha directamente. Pasar tiempo bajo su vigilancia le había tomado algo de familiaridad. Era, después de todo, una compañía después

de sobrellevar sus jornadas diarias. La veía y ella a él, dos entes mirándose cara a cara en la intimidad de un refugio solitario, sumergidos en la búsqueda mutua de algún sentido. Eran cercanos, al menos así lo veía el propio Alfonso, parecía que la mancha siempre estuvo ahí, esperando el momento justo de revelarse ante él. Ya no podía asegurar si la intrusa en verdad lo era, quizá siempre estuvo ahí, sólo que fue hasta este momento en que pudo notar su existencia. Una duda llenó al joven, un desesperado deseo de alguna respuesta que diera por concluida su reflexión. “¿Y qué sentido podría tener?”, llegó a pensar el pobre infeliz. Su pregunta fue un eco difuso en el vacío de su mente. Pero pronto sus ojos le pesaron, quedando su pregunta difusa ante el sueño que ya no podía ignorar. Su gran cuestionamiento fue tragado por el susurro del cansancio. Cerró los ojos, pero aún sentía la sombra de la mancha sobre él.

A la mañana siguiente, tras ajustar su visión y enfocar el techo, notó a la mancha distinta: no sólo era más grande, ahora parecía estarse estirando. En un principio esa cosa no tenía forma alguna, era a lo mucho un charco, casi como si hubieran lanzado un bote de pintura al techo. Pero Alfonso comenzó a notar cierto parecido a un lago con muchos ríos a sus lados. Llevado por su curiosidad, y por el temor de que el departamento se viniera a abajo, decidió ir a buscar una escalera. Ya subido en ella, miró de cerca la entidad. Estaba compuesta por una especie de grumos que se reventaban uno tras otro liberando un líquido viscoso. Uno de esos grumos salpicó a Alfonso, haciéndolo caer de la escalera dándose contra el suelo. Retorciéndose por el dolor, el joven pudo ponerse de pie de nuevo y salir de su habitación. El líquido le quemaba la cara, e instintivamente se llevó las manos al rostro e intentó quitárselo. El asco y su agonía dieron efecto y se libró del líquido.

Desde el marco de la puerta logró observar cómo la mancha seguía cambiando. Los ríos que la conformaban se alzaron de la superficie del techo, separándose de la superficie hasta emerger de ella. Eran como raíces de un árbol, una bifurcación que se extendía en tres partes, luego en seis y al final en ocho. Las raíces siguieron creciendo, había de todos los tamaños, y todas salían del techo, quedando suspendidas en el aire. Había extensiones de la mancha por toda la habitación, justo delante de los ojos de Alfonso, quien no pudo hacer nada más allá que correr hacia la puerta del departamento.

Tan pronto como se alejó de la habitación, las raíces lo siguieron, extendiéndose por el pasillo a gran velocidad. Los pasillos se cerraron ante la expansión de las raíces, bloqueando el paso de Alfonso hacia su libertad. Ellas ya habían llegado a la puerta, envolviéndola hasta sellarla por completo. Alfonso intentó apartar las raíces, pero sus intentos eran en vano, estaban demasiado duras como para poder arrancarlas.

Alfonso se apartó y se dio un sentón contra el suelo. La imagen bizarra delante de él le hundió el corazón, no podía razonar lo que veían sus ojos. Su pecho daba brincos, le latía el corazón como un tambor, casi como si fuera a salir disparado en ese momento. Fue perdiendo poco a poco la visión, notando cada vez más borrosa la sombra de las raíces frente a él. Y en el preciso momento en que éstas al fin se estiraron para alcanzarlo, Alfonso se desplomó.

Cuando abrió los ojos se encontró tumbado en la cama. Las monstruosidades que lo asechaban se habían ido: el departamento estaba vacío. Todo estaba desordenado, los muebles rasgados y sus pertenencias tiradas a lo largo de la habitación; pero no había rastro alguno de la mancha o sus raíces. Aún aturdido, Alfonso se enderezó en la cama, e intentando dar una explicación a lo que había vivido, se topó con un callejón sin salida. “Nada fue real, pero conservo mis moretones... ¿también soñé el dolor?”. La cabeza le daba vueltas, sentía que en cualquier momento caería desmayado nuevamente, ya había

Cultura, literatura y arte

pasado por mucho como para ignorar su malestar. La sombra de la mancha seguía sobre él, asechando y esperando el momento oportuno para apresarlo. Por más que no la pudiera ver, en el fondo de su alma sabía que ella seguía ahí.

Esa mañana no quiso levantarse, a la siguiente tampoco y menos a la que le siguió. Se quedó ahí, sentado en su cama, sumido entre sus pensamientos en un mar de dudas. Ya no le importaba asistir a su trabajo, estirar las piernas con su habitual caminata o siquiera desayunar; nada importaba en ese momento. Haber visto cara a cara a la mancha lo había marcado, le mostró la verdad: una vez que se lidia con ciertos fenómenos que escapan de la comprensión humana, la mente se quiebra. Deja de pensar en razones y se limita a observar, ser un sujeto pasivo de la realidad; escaparse de ella al no poder ajustarse a un mundo que no corresponde al hombre, y adentrarse en un laberinto de incertidumbre. Alfonso se vio postrado ante un mundo que no conocía, lo aterraba y lo hacía sentirse inferior. Sentía el peso de sentirse distinto, de no hallar ahora, más que nunca, su lugar en la vida. Estaba solo, más solo de lo que jamás había estado.

Pasaron los días y aún no quería moverse. Por más que se encontrara en un estado deplorable mentalmente, su cuerpo aún era tan mortal como el de cualquier otro: la boca se le había hecho ceniza y ya no quedaba saliva para refrescar su lengua. Tenía sed, su cuerpo le exigía un vaso de agua, y lo necesitaba en ese instante. Alfonso no resistió más y cedió a sus impulsos. Se estiró al borde de la cama y se dispuso a levantarse. En el preciso instante en que sus pies tocaron el suelo, sintió como un líquido viscoso le caía en el hombro, quemándolo como si fuera hierro al rojo vivo.

No quería mirar, sabía que estaba ahí, que tan pronto como la viera desearía no haberlo hecho. Pero el goteo incesante y la sensación de estar siendo acechado lo domó, obligándolo a alzar la vista. La mancha había vuelto a cambiar: las raíces del techo ahora se retorcían, sosteniendo en medio de ellas a un cuerpo amorfo que se hinchaba y estiraba. El crujido de las raíces haciéndose pedazos llenó los oídos de Alfonso, era lo único que resonaba en la habitación, haciendo competencia con los jadeos del joven. Su nariz fue azotada por un olor pútrido proveniente de la criatura que lo hizo resistir las ganas de vomitar. A la criatura le salieron colmillos y una docena de ojos, todos mirando al pobre infeliz de abajo. El cuerpo de ella se alargó y le nacieron cabellos, marcas rojas y cafés que se combinaban para resaltar lo que parecía ser su abdomen. Las raíces se alzaron y tomaron profundidad hasta hacerse extremidades. Cada pata era curvada, sosteniéndola del techo sin dificultad alguna, y hacían que su cuerpo se tensara, anticipando el salto hacia su presa.

Alfonso perdió toda esperanza. Ya no sabía si lo que estaba encima de él era real o no, si pensaba comérselo o jugaría con sus entrañas hasta saciar su sed asesina. Igualmente, no le importaba, daba igual si esa cosa quería tomarse su tiempo o no, su destino era el mismo. Ya no tenía fuerzas para correr o siquiera voz para gritar. Lo que sea que fuera esa cosa, no había escapatoria. Era mejor no hacer nada. Él se tiró sobre la cama, esperando su destino.

Estaba a su merced, sólo debía tomarlo y podría hacer con él lo que quisiera. La criatura fijó sus patas al techo y se estiró hacia Alfonso. Bajó lentamente, su cuerpo se contorsionaba hasta doblarse sobre sí misma, seguida de un espasmo que hacía temblar toda su figura, y todo sin apartar sus ojos de Alfonso. Él por otro lado, correspondía la atención con la vista perdida. Ya no sentía pánico, ni dolor o cualquier otra cosa. Estaba ahí, solo frente a su peor pesadilla, pero ya nada importaba, sólo debía seguir y punto.

La calma del momento hizo que Alfonso pudiera concentrarse en las imágenes que pasaban por su mente. Podía recordar sus pies hinchados tras regresar del trabajo, el sabor de su café mañanero, el ruido de los autos y los gritos de sus vecinos que adornaban cada nuevo despertar. No extrañaría las manchas de tinta de sus manos luego de tomar dictados para su jefe, o aún menos los murmullos de los compañeros de su planta. Aunque sí que le hubiera gustado arrojar su computadora por la ventana en alguna ocasión, por qué no... quemar su escritorio hasta las cenizas. Sus pensamientos lo distrajeron a tal punto que no supo en qué momento la criatura llegó hasta él. No se podía distinguir un rostro en esa cosa, y sus ojos eran igual de inexpresivos, sólo esferas brillosas mirando fijamente a su presa.

Estaban cara a cara, tal y como había estado por quién sabe cuánto tiempo. Alfonso percibía el brillo de los ojos de la criatura como un abismo, un mar negro y destellos de luz que adornaban el vacío imperante sobre él. La cercanía no le resultaba incómoda, sentía que estaba frente a una vieja amiga, una conocida que lo acompañó desde siempre en cada día de su vida. Solos, uno contra el otro, sumergidos en la espera de qué pasará después. La única diferencia entre sus encuentros anteriores y éste era que la expectativa no era lo que él haría al día siguiente, si tenía algún reporte que entregar o armar una presentación, no, ahora sólo esperaban a que la muerte se hiciera presente. “¿Por qué tarda tanto?”. Alfonso comenzó a impacientarse, quería terminar con todo. La criatura lo aplastaba, presionando su cuerpo contra el pecho del joven. El peso de la criatura lo desesperó e intentó apartarla. Empujó y tiró de sus patas con todas sus fuerzas. Su mente le gritaba que luchara, que debía salir de ahí ahora mismo. Pero no se movía, simplemente era demasiado grande para siquiera pensar en tirarla. La criatura reaccionó y se apretó contra él, envolviéndolo hasta hacerlo sumirse en el colchón.

Alfonso comenzó a jadear, buscando tomar aire, aunque sea una calada más, era todo lo que pedía. Sus instintos le hicieron retorcerse, seguir empujando, pero era inútil. Sin más, aliviado por su propia rendición, aceptó el abrazo de su amiga y cerró los ojos.

